

MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
CON MOTIVO LECCION MAGISTERIAL EN LA
UNIVERSIDAD DE GRANADA, ESPAÑA

23 DE OCTUBRE DE 1991

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector de esta antiquísima e ilustre Universidad de Granada; Excelentísimos Rectores y Profesores; Señoras y Señores, amigos todos:

Es con una entrañable satisfacción que tomo la palabra aquí, en la Universidad de Granada. Me siento así por muchas cosas, entre otras porque siempre es bueno volver a la Universidad y siempre es bueno volver a Granada. Porque, está muy cerca de Granada, Santa Fé. Allí acabó una hazaña y nació una tarea: España. Allí lo que pudo haberse tomado por locura, acabó en hazaña: el Nuevo Mundo. Allí, en esa santa fé, que un día predicara San Juan cargado de esperanza, nacimos todos.

Si la Historia es esfuerzo, y es esfuerzo, el que Puerto Rico está haciendo desde que es Puerto Rico no es más grande ni más pequeño que el que han hecho y están haciendo todos los pueblos del Mundo, sólo le pasa que tiene su propia manera de ser; eso es Puerto Rico. Y de todas las peculiaridades que podría señalar quiero empezar por una que me importa mucho: Puerto Rico es una de las

diferencias que le nació a España que nunca ha sido antiespañola. En ese primer día en que, por vez primera, se dice puertorriqueño unido a compatriota, es decir: en ese primer momento en que los puertorriqueños se descubren partidores de Patria, en ese primer momento, el representante de Puerto Rico ante la Junta Suprema Gubernativa, don Ramón Power y Giralt, recibe, junto al anillo que le entrega el primer obispo puertorriqueño don Alejo Arizmendi, recibe la doble encomienda de "cumplir con sus obligaciones para con España y para con nuestros compatriotas los puertorriqueños". Dos obligaciones diferentes, dos "ligazones para" con sujetos diferentes y un solo obligado. Luego no podía haber enfrentamiento, pero sí había diferencia.

Y aún conservamos el Escudo que otorgaran los Reyes Católicos a San Juan a petición de la Comunidad de Vecinos. El Escudo es el mismo, pero el gesto de auto otorgación que nos hicimos al consevarlo lo ha convertido en Escudo de Puerto Rico. Es el nuestro porque así lo quisimos y es el

mismo porque no rechazamos el pasado. Y no hay nostalgia ni temor al propio paso en esta falta de antagonismo. Hay como un nacional convencimiento de que no se es nunca nada siendo anti algo. Por eso, al afirmar nuestro ser hemos asumido a España, como una de nuestras certezas.

La hemos asumido de muchas y diversas manera. Así lo vieron hombres de pensamiento claro y patriotismo sin atávicos rencores, como nuestros José de Diego y Luis Muñoz Marín, cada uno en diferentes dimensiones.

Nuestro país -nos recordaba el ilustre abogado y presidente de nuestra Cámara de Representantes a principios de este siglo- entró al siglo XX en condiciones excepcionales, "porque cien años más de evoluciones políticas prestánronle la enseñanza que no huberan podido darle cien años de revoluciones militares. Fuera de Cuba, los otros pueblos de la América hispana separaronse de la Metrópoli, bajo la coyunda de un monarca absoluto, sin haber disfrutado nunca de un régimen constitucional: ya estaban en armas, cuando algunas enviaron sus

primeros y únicos diputados a las Cortes de Cádiz: todo el proceso político de España, preparado por tantos siglos se realizó, en el último, sin la asistencia de su... imperio colonial, y sólo Cuba y Puerto Rico participaron en América del movimiento de conciencia española en el desarrollo de las libertades públicas: aún Puerto Rico fue más favorecido que Cuba, cuando diez años antes tuvo representación permanente en las Cortes, con los beneficios de la ciudadanía nacional, y aquí se implementaron primero que en Cuba las reformas políticas, hasta la constitución autonómica que en las postrimerías de su Gobierno otorgaba la Nación descubridora. . . ."

Aunque en otra dimensión, también entendió el más grande de los políticos puertorriqueños de este siglo, Luis Muñoz Marín, la vinculación hispánica que contribuyó a forjar el carácter puertorriqueño: "El sentido español de la valía del individuo, de la consiguiente igualdad básica entre los individuos--aunque después en los códigos y en la acción ejecutiva de los gobiernos no funcione

así,--es elemento de la más genuina democracia. Y es elemento fundamental. Incompleto, insuficiente por sí, fundamental sin embargo. De esa tradición hispánica tenemos en Puerto Rico."

Así, pues, sobre esa herencia, se afirma el ser puertorriqueño. De allí vienen los fundamentos de nuestra vida de pueblo, la fortaleza de nuestro ordenamiento jurídico, la determinación con que se afirma la sociedad civil, el prestigio de las tradiciones liberales, del constitucionalismo, de las libertades públicas y el bien común. En las postrimerías del Siglo XIX ya constituíamos una sociedad cuatro veces centenaria, con importantes manifestaciones en los distintos campos de la cultura, con uno de los grandes idiomas universales como propio, y con una clara personalidad nacional.

La Historia se ha encargado de que esto de ser puertorriqueño sea un difícil oficio. Pienso que quizás haya pueblos que puedan, siquiera por un momento, reposar o, como decía un poeta de mi juventud, "no ser siempre soldado". No sé, la verdad es que lo dudo, pero lo pienso. Ese regalo,

si existe, no lo conoce el puertorriqueño. La constante afirmación es para el puertorriqueño bronca y difícil y extremadamente urgente. Quizás por eso hemos venido a España a recibir un premio por ser nosotros mismos y decirlo en nuestro propio idioma. Pero como ser nosotros mismos lo intentamos todos los humanos y todos lo decimos en nuestro propio idioma, yo creo que este premio, del que nos sentimos tan orgullosos, es un premio a la dificultad.

Dificultad que nos viene de razones históricas muy conocidas de todos y que nos han obligado a sostener nuestro derecho de ser desde que nos sabemos quiénes somos. Derecho a conservar nuestro idioma, a elegir nuestros legisladores y gobernadores, a tener nuestros propios jueces supremos, a tener obispos puertorriqueños, una constitución propia, atribuciones sobre nuestros asuntos, a representarnos internacionalmente nosotros mismos. Y en el reclamo de ese derecho hemos encontrado en la tradición del autonomismo español un camino natural, que iniciamos en el

siglo pasado, que continuamos con otros interlocutores en ese siglo, y hoy se hace evidente como camino en el nuevo orden de las cambiantes realidades internacionales.

En ocasiones, esta dificultad ha tomado la forma de lucha, no en la barricada, sino en el importante frente de las escuelas, como apasionada y fogosamente nos explica Salvador Tió: "Si hubiese sido la nuestra una cultura primitiva, desprovista de fuerza creadora, la puertorriqueñidad se habría volatilizado... Pero la persistencia de esos rasgos de lo que apellidamos cultura puertorriqueña, inseparables de nuestra identidad, después de casi un siglo, Puerto Rico sigue siendo Puerto Rico. No hemos sido meros habitantes de una isla; ni peones de factoría acaudalada sin nexos entre sí, ni multitud despavorida resignada a vivir a lo que salga. Fuimos y somos, y seremos un pueblo." Y por la fuerza de esa verdad, y porque el sistema educativo de un país no puede levantarse pensando en las necesidades de los emigrantes ni en el turismo ni

en la mera diversión, y mucho menos como simple apéndice de la necesidad del trabajo, dieron los maestros de Puerto Rico una de las más importantes batallas del idioma. Esa batalla ha tenido un feliz logro recientemente en la ley que declaró como idioma oficial de Puerto Rico al español, por lo que se nos otorgó el Premio Príncipe de Asturias de las Letras este año.

A muchos puede parecer extraño que un pueblo con casi quinientos años de existencia y todos los atributos de la nacionalidad, discuta a estas alturas cuál debe ser su lengua oficial. Ya he dicho que la historia se ha encargado de que esto de ser puertorriqueño sea un difícil oficio. Pero es importante decir que este paso de indudable relevancia histórica para Puerto Rico no surge ni de un antagonismo ni de una negación de otros idiomas o culturas. Se trata ni más ni menos de que todo pueblo tiene su idioma nacional, que sólo por serlo merece todas las consideraciones y cuidados.

Pero también se trata de que en este momento existen unos pocos y formidables instrumentos de comunicación que son universales: el inglés es uno, el francés otro, y desde luego y con mucho, el español. Una lengua en franco proceso de expansión, con unos millones de hablantes, y que para el año 2,000 se calcula que casi igualará o superará el número de hablantes en inglés. Debo añadir, que es la lengua de la segunda minoría más importante dentro de EEUU, y que gracias a ese factor demográfico de importantes consecuencias políticas, en los últimos diez años hemos visto crecer significativamente el mercado de la publicidad en español, así como las emisoras de radio, televisión, periódicos y revistas hispanos en Norteamérica. Igualmente, la cultura que expresa ^{esta} ~~esa~~ lengua, se manifiesta con fuerza y energía creadora en todos los campos, alcanzando altas cotas de prestigio. Basta recordar, como validación de ese patrimonio mundial, las obras de Gabriel García Márquez, Octavio Paz y Camilo José

Cela, galardonados con el Nobel por su palabra escrita.

Esa lengua, la lengua española, forma parte del patrimonio puertorriqueño, y ella es para nosotros, como para todos los iberoamericanos y todos los españoles, patria común y común aliento por sobre diferencias políticas y crispaciones históricas. Ha sido esa nuestra lengua crisol de culturas, de razas, factor de identificación y de diferenciación, pero sobre todo, fundamento de nuestra independencia espiritual. Así lo vio Unamuno, cuando en 1911, en un periódico de la angloamericana Nueva Orleans, escribió: "La lengua es hoy patrimonio de los pueblos todos hispánicos, es nuestro caudal, es la bandera que tiene que cubrir nuestra mercancía. Y si queremos conservar cada uno nuestra independencia, es decir, nuestra personalidad espiritual, tenemos que comerciar en español... Y en español quiere decir en la lengua hispánica, hoy patrimonio de una veintena de naciones, y a cuya vida contribuyen todas sin monopolio de ninguna de ellas. Es la lengua que

sin perder su carácter propio y su personalidad -sino más bien afirmándola más y más al desenvolverse-, se ensancha a la medida de los vastos dominios territoriales que abarca. Es la lengua que compartirá un día con la inglesa el predominio mundial. Y quién sabe...Quién sabe..."

¡Qué palabras tan esclarecedoras, tan visionarias las de nuestro Unamuno! ¿Quién podría negar la influencia de esa formidable lengua en la consolidación de la identidad cultural, la independencia espiritual y la consolidación de las naciones hispanoamericanas? Dentro de ese mundo, Puerto Rico, por su relación con España y con Estados Unidos, se siente obligado y creo que puede hacer una aportación en el esfuerzo por aunar voluntades y canalizar energías para encarar los retos del presente y del porvenir.

Están ocurriendo grandes cambios políticos y económicos en el sistema internacional. Esos cambios significan nuevos desafíos. Como secuela de ello ya han comenzado a expresarse movimientos importantes en Iberoamérica. A los puertorriqueños

nos va mucho en ello, y por eso, consciente del caudal de posibilidades que nos viene de nuestros vínculos con el mundo hispánico, estamos fortaleciendo la dimensión iberoamericana de Puerto Rico para que, junto a los demás, intentemos hacer de nuestras afinidades un instrumento de diálogo, de participación, de cooperación, de solidaridad, de desarrollo y concertación de nuestra voluntad política.

No sólo con la Lengua se dice ser puertorriqueño, por eso queremos estar presentes en las Olimpiadas, las inmediatas de Barcelona y las demás que Dios nos depare. Y en nosotros sí que se trata no tanto de ganar, aunque venimos a ganar, como de afirmar una existencia. Como afirmar una existencia es la presencia del Pabellón Puertorriqueño en la Exposición Universal de Sevilla.

Y junto a estos gestos, voluntad de ser es nuestra conducta en la integración iberoamericana. En una trayectoria que va desde el intercambio cultural, del que las universidades saben

sobradamente, a las relaciones comerciales. En este aspecto nuestra propia situación política nos da base y sirve de pretexto para colaborar en el programa de la Cuenca del Caribe con un acento hispánico. Por otra parte, hace unos días, apenas hace unos días, hemos llegado hasta Bruselas, y abierto una oficina, buscando en la fuente el apoyo para unas relaciones que nos hacen familiar ya, muy especialmente, el Caribe y gran parte de la América hispana más próxima. Todo lo cual no es sólo conveniencia comercial, es también relaciones de familia.

En este espíritu de afirmación y proyecto estamos aquí, porque así hemos entendido el Quinto Centenario. Porque así lo oímos en la Cumbre de Jefes de Estado Iberoamericanos en Guadalajara, y así nos lo ha recordado recientemente Su Majestad al hablar en Washington ante la Organización de Estados Americanos: "Los principios compartidos que siguen este esfuerzo asociativo podrían ser la consolidación de la democracia y de la convivencia pacífica, de la libertad, del pluralismo y de los

derechos humanos, el impulso del desarrollo económico y social, y el apoyo a los procesos de integración actualmente en curso en la región, como medio de reinserción activa en la economía mundial."

Hoy, cuatrocientos noventa y nueve años después, no he recordado Santa Fe por nostalgia, sino tomando de la fe la dimensión inseparable de esperanza. No estamos aquí sólo porque nacimos muy cerca de aquí. Estamos aquí porque queremos ser cerca de todos.

Muchas Gracias.

* * * *